

## ORDEN DEL PODER Y SABER ECONÓMICO \*

VIRGINIA POO GAXIOLA \*\*

Es común que la historia del pensamiento económico se revise mediante una "lectura" retrospectiva a partir de la economía política como campo definido y sistemático de saber, haciendo uso de conceptos o categorías que toman su condición histórica de posibilidad cuando se encuentran articulados a una configuración epistémica plenamente desarrollada, sólo hasta finales del siglo XVIII e inicios del siglo XIX, momento en que la economía se piensa en términos de producción y de trabajo.

Esta lectura supone una economía pensada con conceptos tales como valor, precio, ganancia, capital, etcétera, cuando éstos no eran más que nociones incipientes en el siglo XVII e inicios del XVIII que estaban integradas al dominio general de la "ciencia de la riqueza".

Si bien es cierto que se reconoce a Adam Smith como el fundador de la economía política por introducir el concepto de trabajo articulado a la noción de riqueza, es hasta con David Ricardo que las nociones pensadas desde el periodo mercantilista tales como el valor, precio o moneda, adquieren un estatuto particular al plantear los temas esenciales de la economía a partir del análisis de la producción.

Se pretende mostrar que esta lectura es inadecuada y conduce a equívocos, puesto que plantea en el análisis de las riquezas problemas

\* Este trabajo es la introducción de la tesis *Orden del poder y saber económico: Ricardo y Malthus*, presentada por la autora para obtener el grado de maestra en docencia económica.

\*\* Profesora de carrera de la Facultad de Economía, UNAM.

que provienen de una economía diferente, es decir, organizada a partir de la producción, que posibilita desarrollar un sistema conceptual donde el valor, el precio o la moneda adquieren una nueva positividad.

Si lo que se quiere es evitar ese tipo de lectura, cabe preguntar, ¿cuál es el tipo de lectura que se quiere plantear sobre la historia del pensamiento económico?

Una alternativa posible de estudio de la historia del pensamiento económico tendría como propósito dar respuesta a qué es lo que ha permitido constituirse al saber económico, y así determinar cuáles son las condiciones de posibilidad de ese mismo saber.

Pueden diferenciarse dos niveles de estudio: uno, el que con base en las opiniones de los diferentes autores representativos de cada escuela en el pensamiento económico, permite determinar quién es mercantilista, utilitarista o clásico, y otro, que consiste en determinar cuáles son las condiciones que han hecho posible que se pensara de la manera en que se pensó lo económico; cuál es la configuración epistémica, “óptica” y “política” de los fisiócratas, utilitaristas o clásicos, que permite identificar los diferentes discursos económicos. Aquí se intenta realizar este segundo tipo de estudio, que puede considerarse como una reconstrucción “arqueológica” del saber económico y que intentaremos explicar:

Cómo se ha ordenado de manera diferente lo económico;

Cuál fue el nuevo modo de ser de lo económico, para que fuera posible una nueva manera de pensar y ver cómo este modo, a su vez, posibilita un nuevo modo de ser del saber económico;

Qué hace posible que se deshagan positivities del saber económico y se constituyan nuevas.

*En suma, se trata de determinar en qué consisten esas diferentes positivities, articuladas a las prácticas que las han hecho posibles. Se piensa la historia del pensamiento económico en términos de historia del saber económico, donde se ha constituido tanto “la economía” como “lo económico” a partir de las prácticas discursivas y no discursivas.*

Esta investigación tiene por objeto realizar la reconstrucción del saber económico de la primera mitad del siglo XIX, periodo decisivo para la orientación de la economía política, a través de la reflexión de los discursos de D. Ricardo y T. Malthus, por ser ambos figuras representativas de dos de las grandes tradiciones del pensamiento económico actual.

Es pertinente aclarar que en la reflexión de los discursos de estos autores no se pretende afirmar que ellos representen la manera de pensar “lo económico” de los hombres de su época. No, eso no es posible, y sería ridículo suponerlo. Lo que sí es posible afirmar es que la manera de pensar de estos autores ha constituido una tradición del pensamiento económico actual, lo que es un hecho histórico.

Este trabajo se realiza a partir del retorno a las ideas de Michel Foucault, quien brinda una manera diferente de hacer la historia, al plantear la interrogante fundamental: ¿cómo se constituye un saber?

Una de las nociones fundamentales del discurso de M. Foucault es la “problematización” de la que se hace uso constante a lo largo de este trabajo, siguiendo la noción de dicho autor

...no quiere decir representación de un objeto preexistente, ni tampoco la creación por el discurso de un objeto inexistente; problematización es el conjunto de prácticas discursivas o no discursivas que hacen que cualquier cosa entre en el juego de lo verdadero y lo falso y la constituya como un objeto para el pensamiento, sea bajo la forma de reflexión moral, del conocimiento científico, del análisis político, etcétera.<sup>1</sup>

Problematizar, entonces, quiere decir que algo se convierta en objeto de inquietud, en elemento de reflexión para el pensamiento, a partir de las prácticas discursivas y no discursivas en que el hombre y el mundo de las cosas se constituye.

Analizar las problematizaciones que se han dado los hombres entraña determinar cuáles fueron las condiciones que hicieron posible que se pensara de la manera como se pensó, y cuáles fueron las formas de esas prácticas discursivas y no discursivas en que los hombres se reconocen como sujetos.

Lo anterior, llevado al campo económico significa que reconstruir la historia del pensamiento económico en un periodo determinado a partir de sus problematizaciones, quiere decir reflexionar las problematizaciones bajo las que lo económico se convierte en elementos de reflexión. Por lo que, si es a partir de las diferentes problematizaciones que “lo económico” y “la economía” se constituyen, su preexistencia es imposible.

Para hacer la historia del pensamiento económico hay que pensar

<sup>1</sup> F. Swarld, “La inquietud de la verdad”. Entrevista a Michel Foucault. *Historias* 10, INAH, 1985.

lo económico de la misma forma en que lo pensaron sus contemporáneos. Así, en D. Ricardo y T. Malthus, se encuentran dos “experiencias” simultáneas pero distintas de pensar lo económico.

Problematizar de manera distinta un mismo “hecho”, en este caso la actividad económica definida como la dificultad de producir riqueza, lleva a que se constituyan reglas de comportamiento diferenciadas de los sujetos económicos.

Es desde la perspectiva de M. Foucault que se reconstruye la historia del pensamiento económico mediante la articulación de diferentes problematizaciones, y no de una problemática ya dada.

Otra noción fundamental del pensamiento de Foucault y que se retoma en este trabajo es la de *discurso*. Aquí, discurso no se refiere a “lo dicho” sino al “decir”, esto es, “lo que se dice”, donde se articulan las diferentes problematizaciones, estableciendo entre ellas una estructura o relación específica. En otras palabras, discurso es la relación de los elementos que hacen posible que las prácticas sean inteligibles, que las problematizaciones se produzcan y, por tanto, que algo se objective.

Si para Foucault es en las prácticas discursivas y no discursivas donde las cosas se objetivan y cobran existencia, entonces, desde su perspectiva, lo económico en sí no existe. Existe en tanto objetivado en las diferentes problematizaciones. Por ello es que problematizaciones distintas producen objetos diversos a partir de una misma referencia.

Tal es el caso de Ricardo y Malthus, quienes al objetivar de manera diferente “lo económico”, producen un objeto de “lo económico” distinto.

Si los sujetos económicos son percibidos como productores o como consumidores, según lo hacen Ricardo y Malthus respectivamente, no es que lo sean en sí, que contengan una sustancia, sino que es necesario que hayan sido objetivados a través de las prácticas como “consumidores” o “productores”.

Son estas diferentes objetivaciones de los hombres como sujetos económicos, necesariamente relacionados con determinadas prácticas, las que explican que lo económico se piense de una manera u otra.

Lo que propone el pensamiento de Foucault y que se retoma en este trabajo es que lo económico no puede ser explicado si se parte de los consumidores o productores “eternos”; lo económico puede ser explicado si se parte de las prácticas por las que los sujetos se reco-

nocen como seres de necesidades o seres de trabajo. Son ellas las que determinan al objeto "consumidor" o "productor".

Esto no quiere decir que Foucault proponga una nueva "instancia" llamada práctica o discurso que determine el objeto. Porque para él no existen "instancias", y mucho menos "la última". Para él, la práctica o el discurso no son instancias conceptuales. Hay prácticas preconceptuales que permiten objetivar al objeto. Foucault no ha dicho, como lo afirma Veyne:

He descubierto una especie de inconsciente de la historia, una instancia pre-conceptual a la que llamo práctica o discurso y que nos proporciona la verdadera explicación de la historia.<sup>2</sup>

Para Foucault "lo que se ve", "lo que se dice" o "lo que se hace" forman una práctica, y es ella la que permite explicar por qué se piensa de la manera en que se piensa.

Referido lo anterior, la historia de las ideas económicas se tendría que elaborar mediante la articulación de las diferentes problematizaciones con las que los hombres vieron, dijeron e hicieron.

No obstante que este trabajo trata de la reconstrucción de la historia de las ideas del pensamiento económico a principios del siglo XIX, desde la perspectiva de Foucault, recupera sólo algunas de sus ideas fundamentales. Ello tiene como resultado inevitable que se descuiden muchas otras de enorme riqueza. Sin embargo, ésta es sólo una de las lecturas posibles.

Es conveniente mencionar que en la mayoría de los casos no se indican referencias precisas a la obra de Foucault debido a que la lectura que se privilegia en este trabajo es en el sentido de hacer uso de la "metodología" que se deriva de su obra. Metodología que no está expresada, desde luego, de manera explícita, ya que esto sería contrario a su propio pensamiento. Además, siguiendo la idea de Foucault: un autor, una obra o un texto no *son*, sino que *habrán sido* lo que cada quien haga de ellos.

Por último, sólo resta decir que este trabajo es fruto de un permanente esfuerzo de reformulación de diversos y quizá ya viejos temas sobre lo económico.

El interés aquí es el de *pensar de otra manera* el saber económico. Esto como resultado de un cambio en la relación entre el sujeto que conoce, en este caso la autora, y el objeto a construir, la economía.

<sup>2</sup> P. Veyne, *Foucault revoluciona la historia*. Ed. Alianza Universidad, 1970.

DEFINICIÓN DEL CAMPO ECONÓMICO. TRES EJES DE REFLEXIÓN:  
EL SABER ECONÓMICO, EL "PODER" Y LAS FORMAS  
DE RECONOCIMIENTO COMO SUJETOS ECONÓMICOS

El sentido del retorno a autores del pasado, como a David Ricardo y a Thomas Malthus, es el retorno al sentido de estos autores.\* De producir otro sentido a su discurso, en un momento como el de hoy en el que el capitalismo muestra un problema ya permanente, visualizado desde David Ricardo y Thomas Malthus, por ser estructural al funcionamiento del sistema capitalista: el problema de los efectos de la acumulación sobre la tasa de ganancia.

Este problema se refiere a las posibilidades del porvenir del capitalismo.

El objetivo de analizar la estructura lógica del discurso de la economía política clásica, en particular el discurso de Ricardo y el que prefigurara el discurso de la economía neoclásica a través del discurso de Malthus, es el de realizar una reconstrucción arqueológica de cada uno de estos discursos, privilegiando, por una parte, el estudio de su configuración epistémica, y por la otra su "mirada" de lo económico, esta última ligada a prácticas sociales de poder, logrando con esta reconstrucción un modo de hacer la historia o genealogía de las ideas del pensamiento económico, en un periodo en que lo económico adquiere un estatuto específico y particular que define un nuevo campo del saber: la economía política.

Se trata de mostrar cómo ambos discursos obedecen a enunciados que están sometidos a determinadas reglas de constitución que definen un tipo peculiar de discurso económico.

Se verá, por una parte, que la economía política clásica se identifica con un discurso lógico-deductivo o "verificacionista" y, por la otra, que el discurso de la economía neoclásica ya prefigurado en Malthus, se identifica con un modelo de discurso lógico-inductivo o "falsacionista". El primero identificado con la tradición epistémica cartesiana o espinosista, y el segundo, con la tradición de Hume y los empiristas.

Asimismo, se trata también de mostrar cómo es que cada uno de estos discursos responden y corresponden a dos miradas esencialmente diferentes del funcionamiento del sistema económico: una, que pri-

\* Parfraseando a Jacques Lacan en *La cosa freudiana o sentido del retorno a Freud en psicoanálisis*, Escritos, Siglo XXI, 1986.

vilegia el campo de las relaciones de producción, y otra, que hace lo propio con las relaciones de intercambio.

Por último, se intenta demostrar cómo ambas miradas y sus configuraciones epistémicas están correlacionadas con una determinación “política”, que se expresa en diferentes prácticas sociales de poder, las que, a su vez, permiten establecer un nuevo dominio del saber donde los hombres se reconocen como sujetos económicos. Es entonces bajo estos tres ejes de reflexión: el saber económico, el “poder” y las formas de reconocimiento como sujetos económicos, que se constituye y define un nuevo campo del saber.

Comencemos diciendo que el hombre se constituye como sujeto económico con la instauración de un orden que le hace inteligible tanto sus prácticas económicas discursivas como no discursivas.

Instaurar un orden en el siglo XVIII e inicios del XIX es pensar en términos de relación, mientras que esto no es así en la episteme del periodo mercantilista. En aquella época el dominio general de lo económico estaba representado por la “ciencia de la riqueza”, donde la problemática central se situaba en el análisis de la circulación.

Lo económico en el periodo mercantilista estaba organizado en torno a relaciones de identidad y de diferencia. Las nociones de riqueza, moneda o precio no eran más que signos que representaban el valor de las cosas. Las riquezas eran tales en tanto objetos de la necesidad. Todo aquello que satisfacía una necesidad era útil, y en tanto reportara una utilidad, tenía un valor o precio. El precio era entonces el signo que indicaba que un bien era útil o necesario.

Este precio se expresaba a través de la demanda, como el patrón de medida de toda riqueza. Era el representante de todo el valor de las cosas que se establecía por su utilidad. Era a partir de la moneda que las riquezas podían circular, y por ello la circulación, en esa época, se convirtió en la categoría central de análisis.

La problemática central se refería a investigar cuál era la cantidad necesaria de moneda para hacer circular las mercancías. De ahí que los precios se ajustaran a la cantidad de moneda, siendo ésta el signo de las riquezas o la representación que las designaba.

En la episteme del periodo mercantilista se instauró un orden al mundo de las cosas a través del signo que permitía hacerlas comparables y medibles. El orden ya presupuesto al mundo de las cosas sólo sería revelado por el orden de los signos.

La ruptura epistémica que se introduce a finales del siglo XVII en el

orden del saber fue la de pensar el mundo de las cosas en términos de relación. Pensar que entre el mundo de las cosas y el hombre no existe una relación de afinidad, de connaturalidad, en el sentido de ser inherente a la naturaleza humana el ser conocido el mundo. En la episteme de finales del siglo XVIII e inicios del XIX, el mundo de las cosas en lo real era un caos. Se presentaba sin ningún orden y sin ley. Fue con el establecimiento de la relación interna entre los elementos que el mundo de las cosas se hizo inteligible. Fue debido al discurso, como relación y práctica, que se instauró un orden al mundo de las cosas que las produce y las hace existir. El orden del discurso es el espacio propio del ser de las cosas, no existiendo un orden previo al orden del discurso.

La característica de la episteme del siglo XVIII e inicios del XIX, que permite el surgimiento de la economía política, es que piensa en términos de relación, y no ya en términos de identificaciones y diferencias. Pensar en esos términos fue la forma requerida para que el saber económico como campo autónomo fuera posible.

Esa nueva manera de pensar, preguntar y relacionar hizo posible nuevos objetos cognoscibles, prescribiendo nuevos conceptos y nuevos métodos.

Así pues, para que el campo de la "ciencia de la riqueza" permitiera el surgimiento de la economía política fue necesario que se problematizara lo económico alrededor de cuatro grandes temas: valor, producción, acumulación y excedente; todos ellos articulados dentro de una estructura discursiva.

La arqueología del saber económico consistirá entonces en analizar esas cuatro formas de problematización alrededor de las cuales se define este nuevo campo del saber: la economía política.

Dentro de la tradición clásica estas cuatro problematizaciones fueron abordadas de manera privilegiada; en torno a ellas se dio la reflexión y el reconocimiento del hombre como sujeto económico.

Si bien se puede hallar una continuidad de estas problematizaciones dentro de la tradición clásica, los modos de encararlas, abordarlas y articularlas han sido distintos. Esto ha permitido identificar diversas estructuras discursivas dentro de la tradición clásica, las cuales están representadas por el discurso fisiocrático, el de Smith, el de Ricardo y el de Marx.

A su vez, dentro de la tradición neoclásica se ha definido otro conjunto de problematizaciones, que difiere e incluso se opone al de la

tradición clásica. Aunque los neoclásicos también pensaron lo económico en términos de relación, lo hicieron alrededor de otras problematizaciones: el precio, el mercado, el equilibrio y el ingreso de los factores de la producción. De la misma manera, dentro de esta tradición, las distintas problematizaciones no tienen el mismo lugar, ni el mismo valor, ya que han dado origen a diversas estructuras discursivas, tales como el discurso de Menger, Malthus, Marshall y Walras.

El análisis de los diferentes discursos que configuran la tradición clásica y neoclásica como prácticas discursivas tiene que responder a las siguientes interrogantes:

1. ¿Cómo y por qué lo económico se convierte en objeto de inquietud, en elemento de reflexión?
2. ¿Qué elementos o condiciones determinan estas formas de razonar y problematizar las prácticas económicas?
3. ¿Cuáles fueron las formas de esas prácticas discursivas por las que los hombres se reconocen como sujetos económicos?
4. ¿Cómo y por qué se constituye la actividad económica como dominio de un nuevo campo de saber?
5. ¿Cuáles fueron las relaciones económicas que se dieron los hombres al articularse a un ejercicio del poder?

Estas interrogantes abren la posibilidad de cuestionar la validez de realizar una comparación de dos de las grandes formas discursivas sobre lo económico: la tradición clásica y la neoclásica.

En este trabajo se pretende responder a las preguntas señaladas, pero cabe precisar que se responderán a partir únicamente del análisis de dos discursos, el de Ricardo y el de Malthus.

La razón de elegir estos dos discursos es, por una parte, que con ellos se inaugura una nueva manera de pensar en forma sistemática "lo económico". Es decir, con ellos se inicia la episteme moderna hasta ahora vigente. Elegir a Ricardo y a Malthus para hacer un ejercicio del análisis del discurso, responde a que estos pensadores han constituido una tradición que hoy se encuentra transformada o reajustada en el pensamiento económico actual. Por la otra, la elección de estos discursos también responde al intento de mostrar cómo, siendo contemporáneos, ha sido posible que se tuvieran dos maneras distintas de ver y hablar sobre una misma "cosa", y que estos modos distintos produjeran objetivaciones diferentes sobre lo económico.

A través del análisis del discurso de estos autores se intenta poner en cuestión cómo y por qué lo económico en un determinado momento

se problematizó, de qué modo se elaboró a lo largo de una cierta práctica y de un cierto "aparato" de conocimiento. En el análisis de estos discursos se intenta describir los cambios de las problematizaciones a partir de las cuales los hombres se constituyen como sujetos económicos en la época moderna. En el análisis de estos discursos se pretende determinar cómo se forma "una experiencia": la experiencia ricardiana y malthusiana, como dos experiencias distintas pero simultáneas. Una última razón para la elección de estos discursos es que brindan el pretexto de cómo hacer el análisis discursivo de cualquier texto, poniendo en suspenso las evidencias o los axiomas que se aceptan de antemano.

Si bien el discurso de la economía política clásica tiene como propósito fundamental elaborar una representación teórica sobre el funcionamiento del sistema capitalista a partir del proceso de acumulación de capital, por otra parte, el discurso de la economía neoclásica se propone el objetivo de reflexionar sobre la economía de mercado a partir del funcionamiento del equilibrio. En estas condiciones, en el análisis de ambos enunciados cabe preguntar: ¿se están comparando cosas incomparables?

Planteando la pregunta de otra manera:

Si la estructura lógica discursiva de la economía neoclásica tiene como propósito fundamental mostrar el funcionamiento del equilibrio a través del mecanismo del mercado y, por otro lado, la estructura lógica discursiva de la economía clásica tiene como propósito fundamental la determinación del nivel de la tasa de ganancia y de sus efectos en el proceso de la acumulación como el elemento más importante para su esquema de representación del funcionamiento de una economía capitalista, ¿es posible comparar ambas estructuras discursivas, y aún más, decidir cuál es verdadera y cuál no?

Desde luego que existe aquí una hipótesis de respuesta: si es válida una comparación de cada una de estas formas discursivas, no lo es para demostrar si una es más verdadera que la otra, cosa que además de ser lógicamente imposible, es inútil e irrelevante. No. El problema es demostrar cómo fue posible que surgieran estos dos modos de discurso de lo económico, y además, en qué condiciones de posibilidad son éstos una respuesta.

Para mostrar cuáles han sido las condiciones de posibilidad de estas dos grandes estructuras discursivas, se han seleccionado tres determinaciones fundamentales:

1. Su determinación epistémica, entendida como el conjunto de reglas, normas y enunciados que permiten forjar una determinada configuración de lo económico;

2. Su determinación "óptica", entendida como el conjunto de representaciones que permiten ver de cierto modo, y no de otro, la articulación de las relaciones económicas, la que llamaríamos "mirada del sistema económico".

3. Su determinación "política", entendida como el conjunto de relaciones discursivas y no discursivas que se expresan en diferentes prácticas sociales de poder que permiten gestar el mismo campo del saber económico, reconociéndose así los sujetos como sujetos económicos.

El sentido de esta reconstrucción histórica discursiva se vuelve relevante en el periodo actual, ya que por una parte se ha caído en un *impasse* teórico que no permite dar explicaciones adecuadas, por ejemplo, a la crisis del sistema capitalista, en la medida en que se considera al objeto "crisis" como algo ya dado, y no como algo a construir, y por la otra, que dicho *impasse* no abre la posibilidad de leer de otra manera "lo dicho" hasta ahora por los diferentes discursos económicos.

Paradójicamente, se hace necesario, y esto es lo que se pretende, retornar a las fuentes, para producir, inventar un conocimiento nuevo que nos permita articular de modo diferente las representaciones de eso real, o más precisamente, para generar nuevos modos de conocimiento y construcción de lo real económico.

El propósito central de este trabajo es recuperar la propuesta de Foucault de hacer la historia de las ideas bajo una nueva perspectiva, bajo el *análisis arqueológico*.

Este tipo de análisis al preguntarse por el presente, intenta describir cuáles son las condiciones que han hecho posible el saber-pensar que hoy tenemos.

El análisis arqueológico permite cuestionar el saber mismo, al reconocer que él también es histórico, que sufre transformaciones históricas. Nos lleva a identificar cómo o de qué manera se han constituido tanto el sujeto como el objeto de conocimiento. Muestra cómo el saber tiene una historia, privilegiando sus discontinuidades fundamentales, sus momentos de ruptura, que permiten hablar de nuevas positividades que han dado origen a las llamadas "ciencias humanas".

Por otra parte, la *arqueología* posibilita la articulación del saber y del poder en una relación mutuamente condicionante, la cual permite identificar los diferentes regímenes de verdad que se han producido.

Al recuperar la noción de saber como discurso, nos lleva más allá de la discusión del estatuto científico del pensamiento, para introducimos a los juegos de lo verdadero y lo falso en que la verdad se produce.

Con la arqueología queda suspendida la forma en que tradicionalmente se hace la historia de las ideas, para posibilitar la respuesta a una pregunta fundamental: ¿cuáles son las condiciones que han hecho posible que un determinado tipo de saber se constituya? o ¿sobre qué a priori histórico y en qué elementos de positividad han podido aparecer las ideas, constituir las ciencias, formar las racionalidades o reflexionarse las experiencias?

Con el “método arqueológico” se intenta sacar a luz

...el campo epistemológico, la episteme en que los acontecimientos, considerados fuera de cualquier criterio que se refiere a su valor racional o a sus formas objetivas, hunden su positividad y manifiestan así una historia, que no es la de su perfección creciente, sino la de sus condiciones de posibilidad.<sup>3</sup>

Por ello Foucault propone más que una historia, en el sentido tradicional del término, una “arqueología”.

Este tipo de análisis histórico permite reflexionar sobre las diferentes racionalidades y los efectos múltiples que ellas provocan.

La arqueología permite ver que los conceptos también tienen una historia, que más que ver su racionalidad progresiva, se marcan sus desplazamientos y transformaciones que permiten visualizar cuál es su campo de constitución y validez, sus reglas de formación y transformación múltiple.

Este modo de hacer la historia de las ideas problematiza la tesis del fundamento de la ciencia y del saber, al desplazarse al análisis del campo de constitución y transformación del saber mismo.

Es inherente al método arqueológico más que buscar la continuidad en el saber y por tanto en la historia, privilegiar los momentos de ruptura que hay en el saber mismo, en las prácticas discursivas y no discursivas de cómo los hombres ven, hablan y actúan.

Al decir de Foucault:

Si la historia se mantuviera como el enlace de las continuidades ininterrumpidas, si anudara sin cesar encadenamientos que ningún análisis podría des-

<sup>3</sup> M. Foucault, *Las palabras y las cosas*. Ed. Siglo XXI, 1966.

hacer sin abstracción, si tramara en torno a los hombres, de sus palabras y sus gestos, obscuras síntesis siempre prontas a reconstituirse, en ese caso sería un refugio privilegiado para la consciencia (...) La historia continua es el correlato de la consciencia (...) Querer hacer del análisis histórico el discurso de lo continuo, y hacer de la consciencia humana el sujeto originario de todo saber y de toda práctica son las dos caras de un mismo sistema de pensamiento. En él, el tiempo es concebido en términos de totalización, y la revolución nunca es más que una forma de consciencia.<sup>4</sup>

Es decir, que presuponer la continuidad en la historia implica partir de la función de un sujeto de la consciencia, sin escisiones, que cumple la función de síntesis en su unidad autónoma. Por el contrario, restablecer el lugar de lo discontinuo, introduce al sujeto marcado en su escisión subjetiva, no ya constituido sino constituyéndose en la relación que establece con un objeto aún no constituido. Todo esto marca una ruptura con la manera de pensar cartesiana o hegeliana, en la que el sujeto es presupuesto o autónomo.

Si se recupera el pensamiento de Foucault para hacer la historia del pensamiento económico, es por que con él se abren de nuevo las tres heridas narcisistas producidas desde el siglo XIX por Marx, Nietzsche y Freud, al descentrar al sujeto como un sujeto histórico para el primero, como un sujeto sin origen para el segundo, y como un sujeto escindido para el tercero.

La arqueología de Foucault brinda la posibilidad de analizar la historia de las ideas como historia de los discursos, donde el discurso es un acontecimiento, una práctica en la que el sujeto se reconoce y se produce como tal.

Para Foucault el discurso:

Está constituido por el conjunto de todos los enunciados efectivos (hayan sido hablados y escritos), en su dispersión de acontecimientos y en la instancia que le es propia a cada uno.<sup>5</sup>

La arqueología:

Antes que habérselas con una ciencia, una novela, o con la palabra de un autor o incluso con un libro, el material que habrá que tratar en su materia-

<sup>4</sup> M. Foucault, "Respuesta al círculo de epistemología" en *Análisis*. Ed. Tiempo Contemporáneo, 1970.

<sup>5</sup> M. Foucault, *Arqueología del saber*. Ed. Siglo XXI, 1970.

lidad primera es una multiplicidad de acontecimientos en el espacio del discurso en general.<sup>6</sup>

Entonces, la arqueología como descripción de los acontecimientos discursivos, suspende la noción de síntesis o unidad que se suponen a un sujeto autónomo, a un individuo que habla, al autor de un texto, o la temática de una obra.

La arqueología intenta describir las reglas de formación de las diferentes discursividades, que son condiciones de su existencia, para así abordar el problema de la constitución de los objetos y responder a la pregunta de cómo los objetos cobran existencia o cómo las cosas se han objetivado.

Esto lleva a cuestionar la misma noción de ciencia en la que objeto y sujeto están dados de antemano, y lo que trata de obtener es una representación adecuada del objeto.

La arqueología, al tratar de describir las reglas de formación de los objetos, pretende establecer cuáles son las condiciones históricas de posibilidad para que surja un objeto, para que se pueda "decir algo de él", ya que no se puede hablar en cualquier época de cualquier cosa. Lo que se dice y el cómo se dice tienen una condicionalidad histórica, que no se agota en umbrales puramente ideológicos, sino que tiene que ver con umbrales filosóficos, éticos, estéticos, científicos, políticos y epistemológicos, entre otros. Que no basta con abrir los ojos o con adquirir consciencia para que surjan nuevos sujetos y objetos.

El objeto [para Foucault] no espera en los limbos el orden que va a liberarlo y a permitirle encarnarse en una visible y gárrula objetividad; no se preexiste a sí mismo, retenido por cualquier obstáculo en los primeros bordes de la luz. Existe en las condiciones positivas de un haz complejo de relaciones.<sup>7</sup>

Este haz complejo de relaciones establecidas entre instituciones, procesos económicos y sociales, modos de comportamiento, técnicas, etcétera, es el que permite que las cosas se objetiven o que los objetos cobren existencia.

Son las relaciones discursivas y las no discursivas las que posibilitan que se pueda hablar de una cosa y no de otra, de un modo y no de otro, y son las que caracterizan al discurso en tanto práctica, en tanto relación.

<sup>6</sup> *Ibidem.*

<sup>7</sup> *Ibidem.*

Si las relaciones discursivas y no discursivas constituyen al objeto entonces:

El discurso es algo muy distinto del lugar al que vienen a depositarse y superponerse, como en una simple superficie de inscripción, unos objetos instaurados de antemano.<sup>8</sup>

El discurso no puede entenderse fuera de las relaciones que lo constituyen, y asimismo las cosas no son, en un sentido ontológico, sino que habrán sido por la mediación de las relaciones discursivas.

Es así que el análisis arqueológico a través de la descripción de las reglas de formación de los discursos, hace la historia de los objetos, de los conceptos y de las ideas:

...no [para hundirlos] en la profundidad común de un suelo originario, sino [para desplegarlos] en el nexo de las regularidades que rigen su dispersión.<sup>9</sup>

El análisis arqueológico busca describir las reglas, la organización, el proceso de formación de los discursos, no para tratarlos como un conjunto de significantes adheridos a un significado que envía a una representación, sino para plantear el régimen de materialidad del discurso mismo.

Así como el análisis arqueológico pone en suspenso las evidencias de las cosas, también suspende la idea de un sujeto centrado, autónomo y presupuesto; y propone problematizar la constitución misma del sujeto. Excluye la idea de un sujeto dado definitivamente, de un sujeto trascendental o psicológico, independiente del régimen de las enunciaciones.

Por el contrario, la arqueología sostiene que es a partir de las prácticas sociales discursivas y no discursivas que se producen diferentes formas de subjetividad, diversas posiciones subjetivas, no admitiendo nunca la preexistencia de un sujeto:

Se renunciará, pues, a ver en el discurso un fenómeno de expresión, la traducción verbal de una síntesis efectuada por otra parte; se buscará en él, más bien un campo de regularidad para diversas posiciones de subjetividad. El discurso, concebido así, no es la manifestación majestuosamente desarrolla-

<sup>8</sup> *Ibidem.*

<sup>9</sup> *Ibidem.*

da, de un sujeto que piensa, que conoce y que lo dice: es, por el contrario, un conjunto donde pueden determinarse la dispersión del sujeto y su discontinuidad consigo mismo.<sup>10</sup>

El análisis arqueológico como forma de hacer la historia de las ideas, a partir de la historia efectiva de los discursos, permite ver que la economía como discurso, da lugar a organizaciones de conceptos, a reagrupamientos de objetos y a tipos de enunciación que forman temas o teorías, que Foucault agrupa bajo el término de *estrategias*.

En el análisis de estas estrategias no se intenta ubicar las desviaciones, “los errores”, o el grado de “cientificidad” de tales teorías. Sino que se trata más bien de describir cómo a partir de determinadas reglas se abre un campo de opciones teóricas posibles, por medio de una red de relaciones discursivas y no discursivas que constituye su principio de determinación.

Este juego de relaciones permite o excluye un cierto tipo y número de enunciados en el interior de una discursividad:

Hay sistematizaciones conceptuales, encadenamientos enunciativos, grupos y organizaciones de objetos que hubieran sido posibles, pero que han sido excluidos por una constelación discursiva de un nivel más elevado y de una extensión mayor.<sup>11</sup>

La arqueología, al intentar reconstruir la historia a partir de la red de relaciones que determinan los discursos, trata de identificar los *sistemas* que rigen las formaciones discursivas, pero no como bloques cerrados o completos que definirían de una vez y para siempre las posibilidades de los discursos. Estos sistemas de formación de los objetos, de las enunciaciones, de los conceptos, tienen, debido a su estructura, lagunas, vacíos, huecos, por el propio sistema de formación de sus elecciones estratégicas. De aquí que una formación discursiva determinada pueda ser interpretada en una nueva constelación que abra un campo de nuevas posibilidades:

No se trata entonces de un contenido silencioso que habría permanecido implícito, que habría sido dicho sin serlo, y que constituiría por debajo de los enunciados manifiestos una especie de subdiscurso más fundamental, volviendo al fin a la luz del día, sino que se trata de una modificación en el prin-

<sup>10</sup> *Ibidem*.

<sup>11</sup> Foucault, *Arqueología...*

cipio de exclusión y de posibilidad de las elecciones; modificación debida a la inserción en una nueva constelación discursiva.<sup>12</sup>

Por último, las elecciones teóricas también dependen de otra dimensión y es aquella que define la función del discurso en un campo de prácticas no discursivas, pero no exteriores a la formación discursiva misma. Esta dimensión son las *relaciones de poder*, entendidas como relaciones de fuerza, que son singulares, difusas, inestables, microfísicas y locales; que se integran, se actualizan o se codifican en dispositivos o instituciones, con "aparatos" visibles o reglas enunciativas.

El juego de las relaciones de poder muestra que ellas no son elementos perturbadores o extrínsecos, que se superpongan al discurso en su forma pura, neutra o intemporal, sino que son elementos formadores del propio discurso:

No existe una especie de discurso ideal, a la vez último e intemporal, al que elecciones de origen extrínseco habrían pervertido, atropellado, reprimido, propulsado hacia un futuro quizá muy lejano.<sup>13</sup>

Estas relaciones de poder codificadas al nivel de las instituciones residen en el propio discurso, o más bien, "en su frontera, en ese límite en el que se definen las reglas específicas que le hacen existir como tal".<sup>14</sup>

Si el análisis arqueológico permite establecer la problemática del saber a partir de las condiciones históricas que la han hecho posible, el saber como discurso lleva a plantear que éste está estructurado por relaciones discursivas y no discursivas históricamente determinadas.

En tanto relaciones no discursivas, el saber se sitúa en el campo de las relaciones de poder, desde donde es posible dar cuenta de las diferentes formaciones discursivas. A su vez, las relaciones de poder sólo son inteligibles cuando pasan a ser integradas en las relaciones de saber.

Esta mutua condicionalidad entre relaciones de poder y relaciones de saber, o en otros términos, entre prácticas no discursivas y prácticas discursivas, posibilita el establecimiento de un orden de poder y de saber que produce realidades.

En suma, el análisis arqueológico que intenta problematizar cómo

<sup>12</sup> *Ibid.*

<sup>13</sup> *Ibid.*

<sup>14</sup> *Ibid.*

se ha constituido un saber determinado bajo la luz de las condiciones que lo han hecho posible, recupera el campo de las relaciones de poder, codificadas en las instituciones y en otras mediaciones, como condicionantes de un determinado tipo de saber.

En este tipo de análisis las estrategias de poder no deben ser consideradas como elementos secundarios, que se superponen a una racionalidad discursiva. Estas estrategias son, por el contrario, condiciones de posibilidad para que un discurso construya sus objetos, disponga de diferentes formas de enunciación, establezca reglas de formación de los conceptos, en fin, son condiciones que permiten definir un tipo de positividad de un discurso.

Si Foucault propone reescribir la historia de las ideas a partir de la descripción de los diferentes tipos de positividades de los discursos, no es para establecer que éstas son un conjunto de determinaciones impuestas desde el exterior al pensamiento de los individuos, o que lo habitan en su interioridad y por adelantado. Más bien lo que propone es que estas positividades constituyen el conjunto de condiciones bajo las cuales se ejerce una práctica que refuerza, altera, transforma o produce realidades.

La arqueología de Foucault intenta hacer aparecer las prácticas discursivas y no discursivas en su complejidad; intenta mostrar que "hablar es hacer algo muy distinto a expresar lo que se piensa, a traducir lo que se sabe". Suspende la idea de la soberanía del sujeto de su propio discurso, para expresar que somos producidos por y en el orden del discurso, discurso como práctica, como relación.

Foucault muestra que un cambio en los enunciados del discurso, implica una apuesta sumamente costosa, ya que implica un cambio en las condiciones que posibilitan el ejercicio de una práctica, en la que nos constituimos como sujetos.

Foucault intenta:

Mostrar que un cambio, en el orden del discurso, no supone unas "ideas nuevas", un poco de invención y de creatividad, una mentalidad distinta, sino unas transformaciones en una práctica, eventualmente en las que la avocinamos y en su articulación común. Yo no he negado, lejos de eso, la posibilidad de cambiar el discurso: le he retirado el derecho exclusivo e instantáneo a la soberanía del sujeto.<sup>15</sup>

<sup>15</sup> *Ibid.*

Finalmente, sólo resta decir que en este trabajo se recoge la provocación lanzada por Foucault, en el sentido de entrar en el juego de lo falso, con la disposición de cambiar la manera de pensar de uno mismo a partir de una autorreflexión del propio pensamiento, e intentar describir cuáles han sido las condiciones que han posibilitado el surgimiento de los discursos en los que nos objetivamos, y así no renunciar a la inquietud constante de la verdad.